

ENSAYO

LITERATURA: LA REALIDAD MODERADA POR LA FANTASÍA*

Fernando Emmerich**

Una historia fantástica puede ser creída y una historia realmente vivida puede no convencer a nadie. Lo que cuenta en un relato es su capacidad de convencimiento. Verismo y verosimilitud no son sinónimos. La verosimilitud es más importante que la verdad misma en un relato literario. Este debe ser coherente y creíble. Al escribir sobre hechos reales éstos deben aparecer como verosímiles, cualidad que no precisa la realidad, la cual no necesita ser creída para existir.

Debo confesar una laguna de seis meses en mi currículum, los transcurridos entre mi licenciamiento del servicio militar y el comienzo de mis estudios de pedagogía. Contrariando a ciertos burócratas, nunca he llenado esa laguna, no porque no quiera reconocer haber trabajado en una profesión clandestina (por lo demás, varias profesiones clandestinas gozan hoy de una publicidad que muchos hombres públicos desearían), sino por el razonable temor de toda persona empeñada en ser veraz de que, por serlo, no siempre le crean.

Aunque mi gestión como duende fue muy breve y, debido a mi bisonñez, que no tuve tiempo de superar, afronté muchas dificultades,

*Una primitiva versión de este trabajo fue publicada, bajo el título de *Casi tan fantástica como la vida real*, en el Suplemento Cultural del diario *La Nación* en febrero de 1988.

**Escritor chileno. Entre sus obras más conocidas podemos mencionar *El tigre de papel*, *Los lobos y las magnolias*, *Los árboles azules* y *Los leones y los unicornios*.

recuerdo aquel período con bastante nostalgia, tanto porque pertenece al pasado como porque corresponde a mi práctica de uno de los pocos oficios libres de trabas que todavía quedan en este mundo. El duende nace, no se hace. Ningún préstamo de Salamanca consigue compensar la carencia de capacidad natural para llegar a ser un duende como es debido, es decir, conservador, sigiloso y bromista, y, por lo tanto, eficiente. Ningún cartón, aunque lo hayan firmado muy poderosas autoridades, puede producir ese milagro. Para ser duende no se necesitan estudios especiales: un duende se forma ejercitando sus habilidades congénitas en los rincones de las casonas antiguas. No se pide, para ejercer la profesión, haber dado el bachillerato y menos haber cursado en la universidad, librándose así los aprendices de duendes de actividades tan ajenas a su espíritu como las de apedrear policías y destruir las aulas. Nadie se recibe de duende. Ninguna facultad tiene la de otorgar el título correspondiente: ningún mortal podría desaparecer a través de una pared por el solo hecho de disponer de un diploma. Por consiguiente, no puede haber pugnas entre duendes titulados y sin título, y ninguna urgencia por titularse —so pena de quedar cesante— convirtiendo en válidos y valiosos, por decreto, servicios considerados hasta entonces ilícitos y perjudiciales; ningún duende se siente menos que otro por carecer de un diploma: sólo se puede sentir menos que otro si carece de su destreza. Tampoco, gracias a Dios, hay Colegio de Duendes; a ningún duende se le ocurriría perseguir a un colega por ejercer la profesión sin estar colegiado, por ejercerla clandestinamente; por lo demás, la clandestinidad es para el duende como el agua para el pez. No son concebibles duendes por las calles, a plena luz del día, reclamando mediante carteles y lienzos aumentos de salarios y disminución de horas de trabajo, como tampoco firmando manifiestos (los duendes escriben con tinta simpática) o pliegos de peticiones, o protestando contra la detención de algún dirigente sindical de los duendes (¿dónde lo encerrarían, en qué celda de la cual no se pudiera escapar en el acto?). Las huelgas de duendes no tendrían repercusión: pasarían inadvertidas para muchos o serían acogidas por otros con tanta frialdad o tanto alivio como si se declararan en huelga los escritores o los tábanos.

Prefiero no entrar en detalles acerca de mi fugaz actividad fantasmal en un caserón de Santiago. Haber pertenecido al gremio de los duendes es como haber sido cofrade de una secta hermética, como haber sido masón o rosacruz: uno sale portando secretos que más vale no revelar, tanto por un mínimo respeto hacia quienes, honrándonos con su confianza, nos acogieron en su cofradía como porque se pueden vengar de cualquier delación, y los duendes de maneras muy traviesas, especialmente si uno escribe, pues,

como se sabe, disponen de la complicidad temible de linotipistas y correctores de pruebas.

Baste decir, para satisfacer posibles curiosidades, que logré mi puesto contestando el aviso colocado por mi futuro empleador en un diario santiaguino, en el cual el candidato era definido con estas características requeridas: menudo, delgado y sigiloso; disposición para las actividades furtivas y salud compatible con el cargo. No era estrictamente necesario, pero sí recomendable, tener alguna práctica en el oficio.

Como yo no tenía ninguna, mi empleador me tomó primero a prueba, por tres meses. Transcurrida esa etapa, firmamos un contrato por un año, tan prorrogable como caducable. Si se considera mi condición de principiante, la paga era bastante buena. Ejercí mis funciones en un caserón situado en un barrio santiaguino entonces poblado de quintas. El progreso —como lo llaman— ha sustituido las quintas por edificios de departamentos, ahuyentando a los duendes.

Por su parte deseaba mi patrón ahuyentar a los arrendatarios de su casa: para eso me contrató, precisamente. Había problemas con el alquiler. Los arrendatarios lo pagaban tarde, mal y nunca. Mi patrón les había pedido la casa, pero ellos no parecían muy dispuestos a entregarla, por lo menos a entregarla pronto. La vía legal había resultado para mi patrón, como suele suceder en estos casos, un arma de doble filo: los arrendatarios, demandados, lo habían demandado a su vez por cobrarle un alquiler demasiado subido. Yo tenía la misión de asustarlos tanto como para decidirlos a dejar la casa. No lo conseguí. Sucedió todo lo contrario: fueron ellos quienes lograron ahuyentarme a mí. Tenían un hijo estudiando piano. Lo aporreaba todos los días, mañana y tarde, monotemáticamente, durante horas eternas, ejercitándose con un entusiasmo digno de mejor causa. En vano traté de asustarlo: no me sentía. Yo le deseaba un saludable descanso —saludable sobre todo para mí—, pero parecía no cansarse jamás. No fui capaz de soportarlo. Ese ruido en blanco y negro podía destrozar los nervios del duende más pintado, con más facilidad entonces los de un boceto de duende como era yo. Mi patrón recibió mi renuncia con parpadeante sorpresa y no entendió muy bien mis razones: era medio sordo. Mucho tiempo después de haber abandonado ese caserón por la puerta falsa, todavía resonaban en mi pobre memoria las notas de aquel maldito piano.

He contado esta historia muy pocas veces. A tres o cuatro amigos, no más. Todos ellos, al oírla, me han hecho la misma pregunta:

—Pero ¿por qué no la escribes?

¿Por qué no la escribo? Porque temo en este caso no lograr una condición esencial en todo relato: verosimilitud.

¿Verosimilitud? Mis amigos me miran con asombro. ¿Cómo puede

preocuparle tanto la verosimilitud al autor de un relato cuyo protagonista llora diamantes? Además, ¿cómo puede temer por su verosimilitud si en realidad vivió la historia?

La cosa no es tan sencilla. Uno puede trabajar en la vida real como duende y ser o no ser creído: esto no afecta mayormente a la realidad en sí misma. Pero muy distinto es hacer trabajar a un personaje ficticio como duende, pues esa situación debe concordar lógicamente con los demás elementos del relato y dar forzosamente una sensación de realidad posible; si no lo logra, el relato habrá fracasado.

En la vida real, a un fantasma le puede convenir no provocar credulidad o pasar inadvertido; en la literatura, un fantasma debe tener una consistencia literaria tan convincente como la de los demás personajes: para representar al espectro del difunto rey de Dinamarca se necesita también un actor, al igual que para representar al dubitativo hijo que lo sobrevive.

Un cable nos trae la noticia de la fuga de dos fantasmas hastiados del paraíso comunista. Dos jóvenes artesanos de la tan graciosamente llamada República Democrática de Alemania prefirieron los horrores del capitalismo y consiguieron escapar al Oeste, atravesando la frontera con Alemania Federal disfrazados de fantasmas. Cubiertos con sábanas blancas, lograron pasar inadvertidos en la nieve y la niebla, y desactivar las alarmas y cruzar las alambradas, eludiendo a los guardias orientales.

Visto así, desde lejos, este comunicado de la policía fronteriza de Baviera refleja los elementos para escribir un cuento emocionante. Pero no por proceder de una historia vivida tendría su verosimilitud asegurada: eso dependería de quien la escribiera. Si el relato lo redactasen los propios protagonistas quizás no consiguieran hacerlo convincente, logro asequible, tal vez, a cualquier escritor capaz, aunque desde luego careciera de las vivencias del caso. Daniel Defoe no vivió jamás, que se sepa, en una isla solitaria; quien pasó realmente por esa prueba no escribió la magistral historia de Robinson Crusoe. Las vivencias, aplicadas después al relato correspondiente, no garantizan siempre su verosimilitud.

La verosimilitud no depende tanto de las vivencias directas del autor como de su capacidad para convencer, de su elocuencia narrativa. Verismo y verosimilitud no son sinónimos. Una historia fantástica puede resultar perfectamente creíble. Y viceversa: una historia vivida puede originar un relato cuya realidad no convence. Los hombres no se convierten en bichos en la vida real, pero cuando Gregorio Samsa, en *La metamorfosis*, amanece transformado en escarabajo, resulta verosímil: todo cuanto rodea la metamorfosis está descrito con un, si se me permite, muy convincente realismo fantástico, todo parece posible y lógico, por ejemplo los dolores en las dos hileras de patas del pobre Gregorio Samsa, y sus naturales cambios de

sensibilidad, hábitos y gustos, debidos a su nueva condición biológica. En cambio, los hombres tienen amores en la vida real, esto es normal, pero cuando esos amores los describe Corín Tellado en sus rosadas novelitas parecen falsos, del todo irreales, no convencen para nada, están teñidos con un romanticismo bobo, convencional y cursi que los aparta de la vida y, por lo tanto, de la literatura.

"Lo esencial no es que una historia sea verídica, sino verdadera", opinaba Víctor Hugo refiriéndose a *Los miserables*. "*Los miserables* —anota uno de los biógrafos de Víctor Hugo— es mejor que verdadera: es verosímil". En la narrativa la verosimilitud es, en efecto, más deseable que la verdad, y su logro no es una consecución de la historia, sino del autor. Lo esencial es que no haya fallas en la lógica orgánica del relato, sea realista o fantástico. En la vida real no llueven flores como en el mundo novelesco de García Márquez, pero tales elementos poéticos y simbólicos proceden del reflejo de la fantasía del autor en la realidad como el arco iris procede del reflejo de la luz del sol en las gotas de la lluvia. La verosimilitud se debilita, sin embargo, si, por falla del escritor, la lógica del relato se resquebraja o se quiebra. En el Quijote, la esposa de Sancho va recibiendo a lo largo de la novela distintos nombres, por sucesivos olvidos y descuidos del autor. Vemos entonces la mano de Cervantes escribiendo el Quijote, y la obra se resiente. La mano del autor de un relato no debe dejarse ver, tal como en una función de títeres, para que los muñecos den la sensación de actuar con autonomía no debe ser vista la mano que los mueve.

Cuando el novelista se distrae, la obra se aleja de la vida real, de la cual es una representación estilizada: el autor que mueve los hilos de la vida real nunca se distrae, no comete tales errores. A veces Hornero dormita; el hado no dormita jamás. Una persona puede cambiar de nombre voluntariamente, decidiéndose por un seudónimo, y también se lo pueden cambiar los demás, como suele acontecer cuando se aplica un alias, un apodo, pero no se puede llamar hoy Juana y mañana Teresa porque quien encadena los hechos de la vida real se distrajo y se le olvidó que se llamaba Juana y la bautizó de nuevo, esta vez como Teresa. Semejante fisura de la identidad tampoco le debe ocurrir a un personaje ficticio, so pena de perder cuerpo el personaje y verosimilitud el relato.

La desventaja de una novela con respecto a la vida real (o, dicho de otra manera, de un pequeño Dios con respecto a Dios) estriba en que una novela precisa ser creída y la vida real no. La vida real no necesita ser verosímil, pues no necesita convencer a nadie de su realidad: le basta ser una realidad. Se puede dudar que se licúen periódicamente los grumos de sangre de San Genaro en los relicarios depositados en la catedral napolitana: si ese fenómeno es una realidad, lo será por mucho que muchos lo duden.

Pero que un chico llore diamantes o los capuchinos luchen a brazo partido contra la primavera debe ser acatado por los lectores para que mis desmañados cuentos alcancen la deseada categoría de representaciones válidas de la realidad. "Me gano la vida contando mentiras", definió su profesión un célebre novelista norteamericano. Pero esas mentiras (como todas las mentiras, por lo demás) deben ser convincentes. La verdad no es problema de la narrativa; la condición esencial de la narrativa es la verosimilitud, es decir, lo similar a lo verdadero.

Esta destilación de la verdad en episodios verosímiles es una de las fases más delicadas del proceso de la composición de un relato. Varias veces, escribiendo narraciones estrictamente basadas en hechos reales, he debido aminorar la verdad tratando de conseguir la verosimilitud.

Siendo profesor de uno de los colegios alemanes de la provincia de Valparaíso, fui testigo (cómplice, mejor dicho) de los episodios que relato en mi cuento *Nochebuena*. Mientras lo escribía, copiando casi fielmente la vida real, me preguntaba si no resultaría demasiado "literaria" la historia del profesor que, después de animar vestido de Viejo Pascuero la fiesta navideña de su colegio, tiene la ocurrencia de asistir, sin sacarse su disfraz, a una cena durante la cual empina el codo más de lo prudente, dice un discurso pascual, más tarde baila polca con una colega y, siempre disfrazado de Viejo de Pascua, se va de parranda con otros profesores manejando su vehículo (es un automóvil, no el tradicional trineo), choca con otros vehículos, estacionados, y contra unos árboles, y es detenido por los carabineros y llevado a la comisaría. No conozco en la literatura una situación en la cual el Viejo Pascuero se haya portado peor, pero sí las conozco en la vida real. En una localidad situada cerca de Hamburgo, dos hombres, uno disfrazado de Santa Claus y actuando el otro como su ayudante, asaltaron un banco. El Viejo Pascual encañonó súbitamente al cajero con un revólver y le pidió todo el dinero de la caja, puso el botín en el saco de los regalos y salió, retrocediendo hacia donde su cómplice vigilaba la retirada. Modernamente huyeron en auto.

El temor de no lograr el suficiente realismo me asaltó también mientras escribía *Platón en Yungay*, cuento basado asimismo en episodios de los cuales fui testigo. Salvo el final, escribí la historia tal como la presencié. Miento: siempre procurando resultar verosímil, en mi relato moderé la civilizada relación que se produjo en la vida real entre la mujer, su marido y su pretendiente. Pero me quedé corto: a pesar de mis precauciones, la crítica (gremio profesionalmente ajeno a la realidad) consideró que yo había bordeado peligrosamente la falta de verosimilitud.

Meses antes de trabajar como duende, cuando yo estaba cumpliendo el servicio militar en un regimiento nortino, fui con un camarada de mi

escuadrón —¿te acuerdas, Chain?— a la Fiesta de la Tirana. Cuando llegamos a La Tirana, esa tarde, asombrado por aquel espectáculo alucinante, Chain me preguntó, sonriendo: "¿Será cierto esto? ¿No lo estaré soñando?". No era un sueño, desde luego, pues estábamos presenciando ambos lo mismo, y, como dice Unamuno, "se conoce que algo no es un sueño en que no es de uno solo".

Pero parecía ser un sueño. En el polvo cansado ya, bajo la grandiosidad crepuscular del cielo de la Pampa del Tamarugal, se desplegaba delante de nosotros todo el bullicioso y movedido colorido de aquella fiesta bárbara: el vernáculo fervor de los cánticos, los disfraces chillones, la sonajera de las panderetas, las máscaras diabólicas, las carcajadas de las matracas, la vertiginosa coreografía de las danzas, el monótono golpeteo de los bombos, los rostros mártires y las rodillas ensangrentadas de quienes pagaban mandas arrastrándose hacia la Virgen, el ir y venir multitudinario de los curiosos, las voces de los vendedores tentando desde los tenderetes... En la noche, las fogatas herirían ritualmente la oscuridad empañada por el mordiente frío del desierto, atrayendo a turistas y romeros ateridos y soñolientos, y al día siguiente la luz del sol despertaría de nuevo la policromía de los bailes enfervorizando ese santuario rodeado por el agreste paisaje de la pampa verdecida de tamarugos. Todo eso se grabó con fuerza en mi mente. Los promeseros de La Tirana siguieron bailando y cantando en mi memoria durante largo tiempo. Tenía los personajes y un ambiente desbordante de color local para un relato de motivadoras posibilidades. Pero me faltaba el tema, sin el cual esos elementos no funcionaban orgánicamente. Le di muchas vueltas al asunto, sin resultado. No se me ocurría nada. Entre tanto, describí cuidadosamente, con esmero, casi podría decir con cariño, las figuras y el vestuario de las comparsas y aquel ambiente donde quería desarrollar un argumento. Fue como vestir y maquillar a los actores y levantar el decorado... sin saber aún qué drama se representaría.

Después de mucho cavilar, se me ocurrió, por fin, un argumento: el de mi relato *Las llamas eternas*. Un cabo de un regimiento nortino mata en una riña de juerguistas a un sargento; a la mañana siguiente huye hacia la Pampa del Tamarugal, confundándose con los peregrinos que acuden por esos días a la fiesta de La Tirana. El fugitivo pretende seguir posteriormente al sur, desde La Tirana; mientras tanto, confía pasar inadvertido entre los millares de romeros y curiosos aglomerados en ese villorrio pampino durante la festividad. Pero no logra escapar de su propia conciencia culpable: se le aparece cada cierto tiempo el espectro de su víctima, y los diablos de La Tirana lo rodean recordándole su condición de homicida.

Dos o tres años después de haber publicado este relato, en un diario leí la noticia de un secuestro acaecido en Iquique. Aquella noticia me

produjo profunda envidia. Situándolo en el mismo teatro de mi cuento, el hado había dispuesto en la vida real un drama cuyas facetas humanas me habría gustado tratar literariamente. Cinco sujetos habían secuestrado a los pequeños hijos de un cajero de un banco de Iquique, pidiendo rescate por ellos. Como en mi cuento, los hechos ocurrieron a mediados de julio, cuando se celebra la Fiesta de La Tirana. Uno de aquellos delincuentes aficionados, un suplementero, se dirigió con su mujer y sus dos hijos al santuario tarapaqueño, para pagarle a la Virgen del Carmen una manda, de cien mil pesos, deducidos del millón y medio que le había correspondido como su parte del rescate, ofrecida por si todo salía bien. Era una verdadera proposición de coimearla, y por lo visto la Virgen resolvió no mezclarse: la banda fue detenida finalmente por la policía. La justicia debe de haber considerado, al juzgarlos, algunos hechos atenuantes: delinquirían por primera vez, y el suplementero, encargado de vigilar a los niños, lo hizo prodigándole maternales cuidados al más chiquito, a quien debió prepararle cuatro veces al día su mamadera, lo cual, hay que reconocerlo, no resulta muy fácil en el desierto, y menos aún huyendo de la policía. Sin embargo, su cometido parece haber sido bastante satisfactorio: no se registraron quejas al respecto.

No es la primera vez, por lo demás, que la venerada Virgen del Carmen de La Tirana se ve complicada en un delito. En otra oportunidad unos ladrones le robaron ocho mil pesos de una de las alcancías del altar mayor. Habiéndose apropiado ya de aquel dinero, los ladrones, demostrando su religiosidad y también su esteticismo, le dejaron cuatrocientos pesos como su contribución a la campaña emprendida en esos días por los fieles para pintar el templo.

El título de mi libro *Los Leones y los Unicornios* ha sido considerado heráldico y metafórico. Se ha visto en esas figuras una contraposición entre lo real, representado por el poderoso y melencólico león, rey de la selva, y lo fantástico, simbolizado por el mítico y grácil unicornio frecuentador de gobelinos y escudos. Puede ser. En todo caso, no conozco mucho a los leones reales y naturalmente menos aún a los fabulosos unicornios. A los leones los he visto personalmente sólo en el circo, y no me han producido sensación alguna de poder, sino soñolientos y hediondos, de vejez y resignación. Me dan pena. Se les debería devolver la libertad, si eso no fuera demasiado peligroso, no tanto para el hombre, como sería consiguado en la literatura, sino sobre todo para los leones, como pasa en la vida real. Otra noticia leída en la prensa: una leona, llevada por el hambre, bajó de un cerro del sector de Ciruelos, en la comuna de San José de la Mariquina, en busca de alimentos, pero encontró la muerte al ser atropellada en la carretera por un automóvil. Una muchacha lugareña, Marta Carillanca, vio

cómo el animal agonizaba en el camino y cómo posteriormente un camión se detuvo para coger el cuerpo y llevárselo (a los choferes chilenos no se les escapan siquiera los leones cuando se trata de atravesar la calle).

Y pensar que yo, al ambientar algunos de mis relatos en el valle de la Mariquina, no pasé de mencionar a unos leones cuya bravura se reduce a rivalizar con los rotarios.

Y los unicornios... ¿Los unicornios, animales mitológicos? Una vez más la prensa me corrige la plana. Un lector de la Revista del Domingo se apoya en la Biblia para sugerir que quizás el unicornio no haya sido mitológico, sino real. "¿Harías arar al unicornio?", pregunta la Sagrada Escritura. El unicornio, como animal de verdad, hoy desaparecido, habría vivido en La Palestina, un miembro de la familia del bisonte o del búfalo, muy fuerte y feroz. Una especie de toro.

Si así fue, tan poco sugerente, me quedo con el unicornio de la leyenda, que pierde su fuerza cuando reclina su cuerno en el regazo de una doncella. Lo prefiero por el mismo motivo por el que tomé por alabanza el reproche de un crítico que tildó mis cuentos de fantásticos, con lo cual me quiso decir, al parecer, que se alejaban de la realidad, aunque debió decir que lo son porque "no" se alejan mucho de la realidad.

Alejandra Cordes es (o, mejor dicho, era) una escritora cuya capacidad para fabricar historias a gusto del público consumidor le permitió vender masivamente sus novelas y disfrutar de una villa en la Provenza, donde vivía con su marido, también escritor, aunque no tan popular como su mujer. Hace poco, en una revista literaria leí, con la correspondiente conmoción, una entrevista que se le hizo a la escritora. Cuando se le preguntó cuáles eran, a su juicio, las causas del entusiasmo del público por sus libros, ella reconoció:

—Se lo debo sobre todo a la crítica de mi marido. Discutimos mucho. Nos criticamos mutuamente y nos complementamos divinamente. A veces vuelan las plumas. Pero las cosas no pasan a mayores.

Por desgracia, cuando esa entrevista salió publicada las cosas habían pasado a mayores, tiñiendo de rojo los diarios con la noticia de lo sucedido en aquella villa provenzal: una enésima disputa entre Alejandra Cordes y su esposo había terminado en un baño de sangre: su esposo, luego de asesinarla, se suicidó.

Posiblemente Alejandra Cordes habría dudado mucho en acoger en alguna de sus novelas ese desenlace, considerándolo demasiado truculento. □